

Antonio de Undurraga

Vicente Huidobro, poeta gótico (1)



A gran creación poética de Vicente Huidobro, responde a un apasionado goticismo intelectual, que se genera en el caótico mundo de post guerra, con motivo de la quiebra del arquetipo mentado «hombre clásico» y la desaparición de un orbe que tenía, aparentemente, sólidos atributos de estabilidad.

En efecto, el hombre primitivo (salvaje, bárbaro, nómada), pretende sobreponerse a la caprichosidad del mundo externo que le infunde pavor, por un arte a base de símbolos, figuras geométricas y abstractas, por excelencia. Para ello, utiliza fórmulas mágicas, santos y señas, etc. El arte es un conjuro y, además, como medida protectora hace tabú su cuerpo por medio del tatuaje. Para él hay un dualismo, una separación absoluta entre el hombre y el mundo, siendo la divinidad

(1) Este ensayo breve fué entregado a la revista «Atenea» por el autor varios meses antes del sensible deceso de Vicente Huidobro, ocurrido el dos de enero del año en curso.—N de la D.

una potencia oscura, hostil, que mora tras las cosas, a la cual—identificada con el rayo u otros fenómenos físicos—hay que conjurar, a fin de protegerse de sus hoscos designios.

Para el hombre clásico (Fidias, Aristóteles, Sandro Boticelli, Miguel Angel, Goethe, Ingres) el arte ya no es, de ningún modo, conjuro; por el contrario, es jocunda representación ideal de la vida, es sublimación de la misma. Esta, se hace más hermosa y alegre, pero pierde en profundidad, grandeza y angustia. El hombre, en su creciente sabiduría, se proclama la medida de todas las cosas y asimila el mundo a su mezquina individualidad; desaparece el mencionado dualismo. De idéntico modo, la divinidad se torna mundana, se incorpora al universo de nuestra tierra. Lo divino ya no es una representación trascendental, sino que está encarnado en el mundo mismo. La religión, sustituida por la ciencia, se convierte en un lujo del alma, sin carácter utilitario inmediato. El arte, en idéntica forma—insistimos en ello— pierde su calidad de conjuro, de tabú, su calidad trascendental y suprasensible y—como en el mundo de los dioses griegos—se convierte en naturalidad idealizada.

Pero hay otro arquetipo humano, menos complejo que el hombre gótico y es el hombre oriental. En éste, la cultura se basa en un conocimiento, en un saber intuitivo sobre el mundo externo. Y si ante el velo de Maya, el hombre primitivo permanecía aterrado, el oriental, por el contrario, ha penetrado tras ese velo y

sus ojos han percibido el inflexible dualismo de todo ser. Su sabiduría arraigada en el instinto—subrayamos—conoce la incertidumbre de todo fenómeno y el insondable enigma de toda realidad. Por ello, en su ánimo, no hay hueco para una ingenua fe en los valores humanos y mundanos, que tanta ventura dispensa al hombre clásico, llámese renacentista o burgués contemporáneo. Pero este dualismo, que consta de la percepción sensible, imagen cósmica, de un lado, y del otro de los conocimientos espirituales que sugiere esta percepción en cuanto a saber: ¿qué somos?, ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos?, no tortura ni angustia el ánimo del hombre de Oriente, por cuanto el reino de las almas orientales ha permanecido aislado de todo contacto con el progreso del conocimiento espiritual (la filosofía de Kant, verbigracia).

He aquí la analogía del hombre oriental con el primitivo y su consecuencia: el arte oriental, como el primitivo, es rigurosamente abstracto, atenido a la imagen, la fábula, el mito, el símbolo en literatura; y a la línea rígida y su correlativo, el plano, en pintura y arquitectura, pero supera con mucho al arte primitivo por la riqueza de sus formaciones y tonalidades. La creación elemental, para el indostánico, birmano, japonés, árabe o chino, se torna conjunto complejo y cuidadoso.

En consecuencia, donde quiera que la línea abstracta, el símbolo, la metáfora, la fábula, es elemento esencial de la voluntad de forma, allí el arte es trascen-

dental y está condicionado por exigencias de salvación. Elemento de salvación que para el primitivo— ya lo analizamos—se traduce en conjuro, tabú que le salva del capricho de los fenómenos físicos y de los dioses ocultos tras esos fenómenos. Para el oriental, esa salvación reside en su instintivo quietismo, su estática fe de identificarse con la divinidad. Mas, ¡constatad, cómo el fabulista ofrece soluciones de salvación, ora trascendentales—que dicen relación con la divinidad, con el hermético misterio de nuestra existencia—o simplemente, claves, normas para eludir los males, las meras malas acechanzas de los hombres en un orden social humano!

Para el hombre gótico, la voluntad creadora expresada en la obra de arte, también es abstracta, porque el fundamento psíquico sobre el que se asienta el fenómeno del arte gótico, es la necesidad de salvación, y ésta consiste en una vida eterna, según los cánones cristianos. Pero es distinta de la necesidad de la misma índole que experimentan el primitivo y el oriental, porque mientras éstos llegan a límites extremos de la expresión artística en su afán de salvación, y para librarse de la torturante caprichosidad en que flota el mundo vivo de los fenómenos, se entregan a la contemplación de valores muertos e inexpressivos, la obra de arte gótica, a la inversa, está rebotando expresión y vida. Frente al fatalismo y quietismo orientales, aparece aquí una movilidad afanosa, una tortura, un ascenso sin descanso.

He aquí el hombre gótico que hay en este poeta, poeta abstracto por excelencia que acumula imágenes sobre imágenes, infatigablemente. Hombre gótico surgido—volvemos a insistir en ello— con motivo de la post-guerra de 1914 y como una consecuencia de la quiebra del hombre clásico, del alegre y despreocupado buen burgués de la pre-guerra. Y en el caso de Huidobro, este arquetipo gótico se da aún con mayor intensidad, por ser un ex-católico surgido de familias fuertemente feudales, de un feudalismo cristiano que ha sido en ellas una tradición viva.

En tal virtud, constata el poeta en su espíritu un dualismo que es como una resquebrajadura que le parte el ser en dos mitades:

«Hay que saltar del corazón al mundo
Hay que crear un poco de infinito para el hombre» (1);
expresa en su gran poema «Canción de la Muervida», título andrógino hecho a base de «muerte» y de «vida», hay un testimonio más de esa dualidad gótica suya: de un lado está el misterio de lo cósmico, su acendrado espiritualismo sustentado por infinitas y creadoras imágenes; y del otro, la tierra que también le ata con todas las voluptuosidades y transitorios halagos. Por ello, simbólicamente—utilizando medios de expresión abstractos—en este poema nos dice con toda propiedad: «mi mano derecha es una golondrina, mi mano izquier-

(1) «Contacto externo, poema de «Ver y palpar».

da es un ciprés». En Huidobro se da el gótico sentido de la fe y espera en un mundo más alto, más espiritual, que consistirá, ora en la posesión de la eternidad:

«Pasan los días.

La eternidad no llega ni el milagro» (2), «Cerramos nuestros ojos por un minuto de eternidad» (3); ora en la posesión de la justicia social, en el predicamento de suprimir las servidumbres que envilecen la condición humana:

«Trescientos sesenta y cinco pájaros tiene el cielo
 Estos pájaros serán banderas el día del gran triunfo
 Cuando los hombres oigan cantar la hora del hombre
 Cuando nadie viva del esfuerzo nacido en otros pechos
 Cuando nadie se nutra de la carne ajena
 Ni respire por pulmones extraños
 Ni se ate los pantalones con las tripas esclavas» (4).

En el artista gótico también existió esta actitud y el mundo a que aspiraba era de confraternidad humana en esta vida terrestre, y en la ultraterrena, de beatitud eterna. En consecuencia, aunque Huidobro no tenga fe en un perdurable más allá, en ambos hay desgarramiento, tortura por el sentido del tiempo, como eternidad o mero curso, producida por esta espera, por esta actitud entrañablemente salvadora y espiritual.

(2) «Tiempo de espera», poema de «El ciudadano del olvido».

(3) «Impulso», poema de «El ciudadano del olvido».

(4) «Ronda de la vida riendo», parte III de «Ver y palpar».

Finalmente, escuchad como se expresa en Huidobro, ante la vida y lo cósmico, el hombre gótico que hay en él, que por gótico tiene algo de hombre oriental y primitivo:

«La vida es misterio que sorprende
Soy vuestro ciego amargo
La vida se descifra por su terror de antaño
y su gran canto de futuro lleno de signos luminosos» (5).

En suma, Vicente Huidobro es uno de los primeros grandes poetas chilenos que vive la atmósfera mundial de post-guerra de 1914, y que inicia una profunda revolución estética en la poesía hispana, con su libro «Ecuatorial».

(5) «Miedo de antaño», poema de «El ciudadano del olvido».